

Ennio Sandal, *Giovanni Paoli da Brescia e l'introduzione della stampa nel Nuovo Mundo (1539-1560)*, Brescia, Fondazione Civiltà Bresciana, 2007, 144 p., ils.

Desde los imprescindibles estudios de Joaquín García Icazbalceta, en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1884), hasta la reedición actualizada de dicho libro por Agustín Millares Carlo, en 1954, numerosos investigadores han rastreado con lupa los pasos de Juan Pablos, Giovanni Paoli da Brescia, prototipógrafo del Nuevo Mundo. Baste mencionar los conocidos esfuerzos de José Toribio Medina, a principios del siglo XX, los de Emil Valton y Henry R. Wagner, en los años treinta y cuarenta, y la monografía de Millares Carlo y Julián Calvo, *Juan Pablos. El primer impresor que a esta tierra vino* (1953). Por otra parte, el esclarecedor libro de Clive Griffin sobre los Cromberger sevillanos, patrones de Pablos (1988), aporta nueva información acerca del impresor, y Rosa María Fernández, en su reciente tesis (2006), localiza los ejemplares de los impresos novohispanos del siglo XVI existentes en las bibliotecas de América y Europa, con nueva información sobre el protoimpresor. Con tan ilustres precedentes, ¿tiene sentido llamar la atención sobre “otro” libro en torno a un asunto en apariencia tan trillado?

A pesar de lo mucho escrito sobre el tipógrafo bresciano, la atención de los estudiosos se ha dirigido sobre todo a cuestiones de carácter documentalista: dar cuenta de sus impresos en México, los conocidos y los supuestos, o discutir si Pablos fue, en realidad, “el primer impresor que a esta tierra vino”. Ennio Sandal, a partir de una lectura muy atenta de los documentos disponibles —algunos localizados por él—, y de un examen crítico de los numerosos escritos dedicados al tipógrafo, sitúa a su personaje en el marco de la conquista y colonización de la Nueva España, contextualizando el sentido y alcances de su labor, iniciada a escasos veinte años de la caída de Tenochtitlan. Además, y sin duda es ésta su mayor aportación, da cuenta —a veces viéndose precisado a plantear hipótesis muy sugerentes— del camino seguido por el futuro impresor desde su ciudad natal, en el norte de Italia, hasta la capital de la Nueva España.

Ennio Sandal, profesor de la universidad de Verona y antiguo director de su Biblioteca Civica, ha dedicado largos y concienzudos estudios a la cuestión de los orígenes de la imprenta y su desarrollo hasta la primera mitad del siglo XVI en aquella franja norte de Italia que va del Piamonte a la República Véneta, en cuyo territorio se hallaba englobada, desde el siglo XV, la ciudad de Brescia. Ha realizado repertorios puntuales de impresos, como el dedicado a *L'Arte della stampa a Milano nell'età di Carlo V* (1985), pero, al mismo tiempo, lejos de producir imágenes estáticas del antiguo libro italiano, se ha dedicado a estudiar el fenómeno de la producción de papel en el norte peninsular y el modo como los diversos operarios de las primeras imprentas italianas desempeñaban su oficio. En la antípoda de las perspectivas localistas y parroquiales al uso, se ha ocupado de los vericuetos del comercio librero, siguiendo el rastro a las rutas comerciales por las que los mercaderes de libros del norte de Italia llevaban sus impresos a toda la península y al resto de Europa. Una operación que también implicaba el trasiego de libros desde otras latitudes hasta las ciudades sede de sus factorías. Semejante proceso de expansión que obligaba a libreros, impresores y demás técnicos de las oficinas tipográficas a continuos desplazamientos para atender los obradores existentes y para implantar nuevas sucursales, con la consiguiente necesidad de transportar papel, tinta, prensas y los diversos insumos exigidos por el arte tipográfico. Me limito a enlistar los títulos de algunos de sus trabajos recientes: "Cartai e stampatori nel Bresciano fra Quattro e seicento" (1998), "La stampa e il commercio del libro nell'area del dominio veneto e nel Principato trentino" (2001), "La tipografia e il commercio dei libri nei domini della Serenissima" y el volumen *Il mestier de le stamperie dei libri* (2002), donde analizó carreras concretas de unos cuantos oficiales italianos del mundillo del libro. Por semejante vía, al encontrarse con Giovanni Paoli da Brescia, uno de aquellos trabajadores de la industria tipográfica, Sandal fue capaz de insertarlo en aquel flujo incesante, "internacional", de hombres y mercancías, que lo llevó de su tierra al Nuevo Mundo; a esa aventura dedicó su más reciente publicación.

El autor comienza con una reflexión acerca del sentido de la imprenta en los vastos territorios sometidos por Europa. Dado que las grandes firmas producían y distribuían de forma masiva los títulos de mayor circulación y demanda, las pequeñas quedaban reducidas a atender a las necesidades de carácter local. En ese sentido,

la suerte de la imprenta en México y el Nuevo Mundo sería análoga a la de numerosas ciudades europeas donde la presencia de ese arte era más bien modesta. Su finalidad tendría ante todo un carácter práctico, para auxiliar los requerimientos de la evangelización, muy en particular ante la necesidad de escribir doctrinas y gramáticas en lenguas nativas. Pero así como la mayoría de los libros impresos llegaban de Europa, la iniciativa de producirlos en México también dependía en su totalidad del viejo continente, dados los requerimientos de operarios, prensas y materias primas.

Consumada la conquista militar, señala el autor, se imponía el proceso de colonización, de "europeización" del nuevo continente, la creación de aparatos de gobierno, impartición de justicia y de fiscalidad, así como la necesidad de aculturar a los nativos en la nueva fe y los nuevos hábitos. Todo ello implicaba la afirmación de la corona frente a los intereses de los conquistadores, empeñados en convertirse en una nobleza independiente y poderosa. En ese proceso de "duplicación" de Europa en el Nuevo Mundo, Sandal destaca a dos figuras: el virrey Antonio de Mendoza y el obispo fray Juan de Zumárraga, ambos creadores de instituciones y amantes de los libros. En esa nueva sociedad, gobernada por burócratas y no por militares, la necesidad del libro se hizo cada vez más imperiosa, y no sólo para los fines de la evangelización. Por lo mismo, al menos desde 1530, el virrey y el obispo señalaron la necesidad de introducir la imprenta en aquellas tierras.

Luego de diversas tentativas, en junio de 1539, el poderoso impresor y librero sevillano, Juan Cromberger, firmó un convenio con un "componedor de letras" italiano, Giovanni Paoli, quien se embarcó a México ese mismo año con su mujer y ayudantes, con una prensa, algunos juegos de tipos, y papel. Hay fuertes indicios de que ese mismo año comenzó a imprimir en el Nuevo Mundo, en calidad de agente de Cromberger, quien ya tenía intereses en México, no sólo en el mercado librero. Mientras el patrón era ampliamente conocido en Sevilla y en otros mercados del libro, como el de Lyon, muy poco se sabía del pasado de su agente, aparte de su origen bresciano. Es aquí donde el buen oficio de Sandal nos ofrece un atisbo de los pasos del italiano previos a su arribo a la Nueva España. De entrada, los documentos contemporáneos de Brescia y su región no han guardado memoria de la familia Paoli, indicio de una condición humilde. Por aquellas fechas, muchos jóvenes de la región

emigraban a Venecia, capital europea del libro, en busca de trabajo en sus innumerables prensas. Al filo de los siglos XV y XVI, el mercado editorial se había convertido en una red de alcance “internacional” y los impresores y mercaderes de una ciudad establecían contactos con colegas de muy distintos lugares. Además del trato de impresos, comerciaban con múltiples productos, como los paños. Una de esas vastas compañías estuvo dirigida, de padres a hijos, por los Gabbiano, originarios de Asti, en el norte de Italia. Pronto extendieron sus redes a la próspera ciudad de Lyon, cruce de las principales rutas mercantiles europeas, y desde ahí se establecieron en Flandes, Londres, en Europa oriental, y llegaron hasta Estambul. En la primera mitad del siglo, entablaron tratos con los Cromberger y otros librerros españoles, a más de establecer casa en Sevilla. Uno de sus agentes, de nombre Luis Ángel, llegó hasta Nueva España, donde estuvo en contacto con Pablos. Baltasar Gabbiano, siempre vinculado a la matriz veneciana, acudía con regularidad a la ciudad lagunera a contratar jóvenes oficiales para sus prensas de Lyon, en convenios cuya vigencia duraba dos años. Sólo entre 1566 y 1567 enroló a 14 operarios. A partir de esos antecedentes, Sandal postula que Juan Pablos debió emigrar muy pronto a Venecia y ahí habría sido reclutado para Lyon por los Gabbiano. Si bien no existen documentos que lo prueben, está la circunstancia de que cuando Pablos logró emanciparse de Cromberger, hacia 1548, decidió ampliar su casa, comprando nuevos insumos para la imprenta y contratando nuevos oficiales que debían buscarse en Sevilla o “en León de Francia”, pero, además, buscó a Baltasar Gabbiano para la compra de letrería.

De ser válida la sugerente hipótesis, Pablos habría emigrado de Venecia a Lyon, y de ahí a Sevilla, donde ya era prensista de Cromberger en 1532, según documento exhumado por Sandal. Pudo llegar a Andalucía tras expirar su contrato lionés, tal vez llamado por Cromberger o enviado desde Francia. Para 1532 ya era vecino de Sevilla, lo que significa un tiempo previo de estancia (siete años, según las leyes) y vivía con su patrón. Aún era analfabeta, dado que no sabía firmar, lo que no era indispensable para alguien especializado en “tirar” las prensas. El contrato signado por Pablos antes de partir a México, en 1539, revela que viajaría con su esposa (la cual tenía un hermano establecido allá), y partía como mero comisionado para la expansión en México de la próspera y bien relacionada casa de los Cromberger. Como se sabe, Cromberger murió apenas en

1540 y la viuda y herederos, menores de edad, siguieron exigiendo la aplicación de los convenios y privilegios reales, pero sin cumplir la contraparte del contrato: aportar los insumos. Provisto de unos tipos góticos que ya eran de segunda mano al arribar a Nueva España, Juan Pablos hizo lo que pudo para publicar catecismos y doctrinas en varias lenguas, mientras lograba emanciparse de sus viejos compromisos legales, lo que habría ocurrido por 1548. Al analizar los privilegios obtenidos durante décadas por los Cromberger y buscar una coherencia interna entre unos y otros, tal vez Sandal hace esfuerzos innecesarios. En la legislación del antiguo régimen, siempre casuística, era frecuente que las autoridades otorgaran privilegios y normas de carácter contradictorio. Entonces, los presuntos afectados alegaban su derecho en razón de sus respectivos intereses. En el caso de los impresores sevillanos, queda fuera de duda que tenían maniatado a su agente novohispano, quien no cejó hasta poner de lado esas restricciones.

A continuación, señala Sandal, Pablos hizo grandes esfuerzos para renovar sus gastados instrumentos de trabajo, pero también para contratar nuevos oficiales que le permitieran expandir su oficina. Para ello, como adelanté, buscó a Baltasar Gabbiano. Entre los operarios, procuró conseguir un fundidor de letras, sin duda para atenuar la dependencia de Europa en ese fundamental rubro. Luego de contratiempos que incluyeron el naufragio de un nuevo equipamiento tipográfico frente a Santo Domingo, sólo en 1554 pudo estrenar una segunda prensa, nuevos tipos, romanos y cursivos, y sacó provecho de la reciente inauguración de la universidad, en 1553. Esta circunstancia, además de abrir el mercado a nuevos lectores potenciales, le permitió imprimir los tres tomos del curso de artes de fray Alonso de la Veracruz, catedrático de teología, y su *Speculum coniungiorum*; además, los *Diálogos* de Vives y Cervantes de Salazar, lector de retórica, así como encomiendas del arzobispado y de las órdenes religiosas. A partir de esos años fue capaz de incorporar la notación musical en algunos de sus títulos. Sin embargo, los operarios recién importados empezaron a imprimir por su cuenta y, uno de ellos, Antonio de Espinosa, logró del rey la cancelación del monopolio ("estanco") de Pablos en el arte de imprimir, en 1558. Lejos de ceder, el italiano obtuvo nuevos créditos para renovar sus operarios e instrumentos en Castilla. Para Sandal, los censos que entonces impuso sobre sus bienes son un signo de precariedad económica;

también pudieran verse como muestra de sus empeños para obtener créditos que le permitieran desarrollar su empresa tipográfica. Ciertamente, la confiscación del *Diálogo de doctrina christiana*, de fray Maturino Giberti, en 1559, el libro más voluminoso de los salidos de sus prensas, le significó un grave quebranto económico. La requisa se debió sin duda al ascenso de las preocupaciones contrarreformistas por vigilar la ortodoxia, como explica el autor, pero además a los violentos conflictos que entonces enfrentaban al obispo de Michoacán con las órdenes mendicantes. En medio de tales contratiempos, Pablos murió inesperadamente en julio de 1560, dejando llenos de deudas a la viuda y a los hijos, menores de edad. El matrimonio de la primogénita con Pedro Ocharte, que se dedicó desde entonces al arte tipográfico, permitió sanear las finanzas familiares y permitió que los materiales de Pablos siguieran en manos de la familia por una o dos generaciones más, si bien el oficio parece haber sido abandonado por los descendientes (cuyo rastro se pierde) en la primera década del siglo XVII.

Como puede apreciarse de lo expuesto, el libro de Ennio Sandal saca al bresciano Juan Pablos, el modesto y diligente primer impresor del Nuevo Mundo, de una perspectiva localista y anecdótica, para introducirlo en el marco de la historia universal del libro: en la historia universal.

Se trata de un estudio que debe circular también en español, sin duda con el sello de la Universidad Nacional Autónoma de México, para hacer compañía a los ensayos previos de Alexandre A. M. Stols sobre Antonio de Espinosa y Pedro de Ocharte, aparecidos por primera vez en 1962. En esa recomendable edición española tal vez convendría dar alguna noticia acerca de si Pablos, al igual que su patrón sevillano, combinaba el arte tipográfico con el mercado transatlántico de libros, y tal vez con otros negocios. Asimismo, sería de gran utilidad agregar un apéndice, análogo al elaborado por Griffin para los Cromberger, que diera cuenta sucinta de las "poco más de cincuenta ediciones", entre las localizadas y las atribuidas a Juan Pablos en sus 21 años de azarosa actividad en México.

Enrique GONZÁLEZ GONZÁLEZ

Instituto de Investigaciones y Estudios sobre la Universidad y la Educación
Universidad Nacional Autónoma de México.